

—Prosigo, y no interrumpas esta historia.
 —No vuelvo á hablar, te lo prometo, abuela;
 —Oye y fija mi cuento en tu memoria.
 —Y lo diré á los niños de mi escuela.

—Una vez, dos sencillos labradores
 Hallaron en un árbol suspendido
 El nido de dos pájaros cantores....
 —Dime antes de seguir, ¿cómo es un nido?

—Tus preguntas avivan mis congojas,
 Un nido es un palacio....

—¿Qué me dices?
 —Es un palacio alzado entre las hojas
 Para vivir dos pájaros felices.

Allí se abrigan del invierno insano,
 Allí van á arrullarse hora tras hora,
 Y así como tú rezas muy temprano,
 Allí cantan á Dios en cada aurora.

—¿Y serán muy bonitos?
 —Maravilla
 En tanta pequeñez, arte tan rico.
 —Abuela, ¿son de piedra?
 —Son de arcilla
 Con hebras mil, tejidas con el pico.

Mas no pierdas la historia peregrina
 Y volvamos al par de labradores
 Que, al fulgor de la estrella matutina,
 Hallaron aquel nido entre las flores.

Se acercaron al árbol corpulento
 Donde estaba el palacio suspendido....
 —¿El palacio!

—¿Lo ves? No sigo el cuento:
 Un palacio en un árbol es un nido.

En él estaba un pájaro, y cubría
 Para darles calor, dicha y consuelos
 Á tiernos pajaritos....

—¿Qué alegría!
 Sus hermanos, tal vez....
 —No; sus hijuelos.

Temeroso al mirar á dos extraños,
 Escondió á sus polluelos inocentes.
 —¿Ay! dime, abuela, ¿les hicieron daños?
 Si los han de matar, no me lo cuentes.

—No comprendes aún, en tu inocencia,
 Los nobles cultos en las almas hijos;
 Un padre siempre inspira reverencia
 A quien lo ve cercado de sus hijos.

Y lo mismo en las aves que en los hombres,
 En el espacio azul, ó en el abismo,
 Grutas, nidos, hogar,—cuestión de nombres—
 ¡El amor paternal siempre es lo mismo!

El pájaro del cuento, receloso
 De la intención de aquellos campesinos,
 Les habló....

—¿Cómo hablaba?
 —¿Qué curioso!
 —¿Hablabas como yo?
 —No, no; con trinos.

—¿Con trinos?
 —No interrumpas.
 —¿Cómo es eso?
 —Basta de preguntar; escucha.

—Escucho.
 —¿No sientes tú, cuando me das un beso,
 Que, sin hablarte yo, te digo mucho?

Pues... no lo sé explicar, un dulce acento
 Inimitable, arrullador, divino,
 Con que un ave saluda al firmamento
 Al ver el nuevo sol, eso es un trino.

—¿Eso es un trino?
 —Sí; con él expresan
 Las aves de sus dichas el tesoro....
 —Abuela, y qué, ¿las aves no se besan?
 —Tal vez, tal vez, pero en verdad.... lo ignoro.

No hagas á cada paso esas preguntas
 Que resolver no puedo ni me toca;
 Tal vez se besen las que viven juntas.
 —¿Y se pueden besar sin tener boca?

—Me tiene siempre en infernal batalla
 La gran precocidad de tus antojos:
 Sábelo, chiquitín; sábelo y calla:
 ¡Los pájaros se besan con los ojos!

—No, no es verdad, abuela.
 —¿Qué osadía!
 ¿Es decir que yo miento? ¡Vaya un chico!
 —Yo he visto á tus canarios, cierto día,
 Dándose de comer de pico á pico.

—Pero ¿dar de comer es dar un beso?
 ¡Vaya con el chicuelo veterano!
 —Pues ¿por qué los canarios hacen eso?
 Tú me das la comida con la mano.

—¿Por qué lo hacen? No sé. Ya me provoca
 Esa curiosidad tan obstinada;
 No se besa tan sólo con la boca....
 —Abuela, ¿pues con qué?....
 —¿Con la mirada!

Y á un niño como tú, débil é inerme,
 Que no conoce el mal ni le acobarda,
 Viene á besar sus ojos, cuando duerme,
 Lleno de amor el ángel de la guarda.

Ese ángel está aquí....
 —¿Dónde?
 —A tu lado.
 —Abuela, ¿entre tú y yo?
 —Sí.

—¿No lo veo!
 —Ningún mortal á un ángel ha mirado
 Sino con la esperanza y el deseo.

Quien tal ventura á conseguir alcanza
 Es porque tiene el alma limpia y pura.
 —Dime, abuela, ¿qué cosa es la esperanza?
 —Una cosa muy clara y muy oscura.

Lo que quieres hallar más adelante,
 Lo que estando muy lejos ves en frente,
 Lo que al ser más oscuro es más brillante,
 ¿Me entiendes?

—No.
 —Pues calla, impertinente,

Me llevas por tan ásperos caminos,
 Que junto á tí desfallecer me siento;
 Me haces hablar de besos y de trinos,
 Y no me dejas proseguir el cuento.

—¿El cuento?
 —Picaruelo, ¿has olvidado
 El encuentro de aquellos labradores
 Con el nido de un pájaro encantado
 Oculto entre las ramas y las flores?

Sí, lo olvidaste ya; cesa mi empeño
 De contar esa historia.... no prosigo;
 Cierra los ojos, velaré tu sueño;
 ¡Soy tan dichosa cuando estoy contigo!

—¿Me quieres mucho?....
 —Sí, te quiero tanto
 Que por eso me ves tan alligida;
 A mi avanzada edad me causa espanto
 Saber que pronto perderé la vida.

—¿Te da miedo morir?
 —Por tí me asijo,
 No por un mundo donde impera el dolo....
 —¿Ay! si murieras....
 —Calla! Entonces, hijo,
 Qué podrá ser de tí?.... ¿te quedas solo!

—¿No dices que está un ángel á mi lado
 Que vela mis acciones noche y día?
 Él me acompañará.
 —Muy bien pensado.
 —No llores.... dame un beso, madre mía.